SEÑOR MODERADOR.- Vamos a dar comienzo a la reunión convocada por el señor Presidente de la Asamblea General y las Comisiones de Asuntos Internacionales de las Cámaras de Senadores y de Representantes, para recibir y dar la bienvenida al señor Presidente de la Junta de Galicia, don Manuel Fraga Iribarne, a la delegación que lo acompaña, al excelentísimo señor Embajador del Reino de España, don Fernando Martínez Westerhausen, y a los representantes de las colectividades españolas radicadas en el Uruguay que están presentes.

En primer término, invitamos a hacer uso de la palabra al señor Presidente de la Asamblea General, don Luis Hierro López.

SEÑOR HIERRO LÓPEZ .- Señor Presidente de la Junta de Galicia, señores Presidentes de las Comisiones de Asuntos Internacionales, señor Embajador de España, señores Legisladores: en mi condición de Presidente de la Asamblea General, es para mi un alto honor expresar, en nombre del Parlamento uruguayo, la más cálida bienvenida al señor Presidente de la Junta de Galicia.

Naturalmente a la mayoría de los presentes nos une con Galicia y con España los más cálidos lazos ancestrales que identifican nuestro país, su cultura y su forma de ser. Con el señor Manuel Fraga Iribarne, particularmente, nos unen sentimientos cálidos de amistad, identificación y gratitud. Es un amigo del Uruguay que ha estado permanentemente vinculado a los quehaceres de nuestra nación y así lo ha manifestado en todas las circunstancias en que ha tenido la oportunidad de visitarnos, que por suerte son muy reiteradas. En mi despacho estaba viendo las últimas fotos que me había sacado con don Manuel en su última visita, en el año 2001.

Sentimos que en toda oportunidad en que cabe la posibilidad de darle una mano al Uruguay y a sus sectores productivo, industrial y comercial, don Manuel Fraga Iribarne se expresa como un amigo de todos nosotros. Hay un vínculo entrañable pero, además, eficiente para organizar lo que tiene que ver con los lazos comunes. Si bien es cierto que el señor Manuel Fraga Iribarne nos visita a menudo, como también lo hacen los representantes del Partido Socialista español atendiendo sus legítimos intereses políticos, más que de eso se trata de visitas de hombres de Estado que procuran ubicar las cuestiones de los vínculos estratégicos del Uruguay y Galicia y del Uruguay y España, en la dimensión adecuada.

Hoy tuvimos la oportunidad de participar con don Manuel, en Río Negro, de la inauguración del puerto especializado en madera, como un hito fundamental en el desarrollo de la industria forestal uruguaya y de las industrias laterales. Allí vimos una empresa española cuyo Presidente, justamente, es gallego, cumpliendo con los compromisos establecidos con el Uruguay, desarrollando una inversión muy importante pero, además, confirmando y comprometiendo los nuevos pasos en nuevas inversiones. En todo ello está el sello de Galicia y, particularmente, el de este formidable caudillo, que es don Manuel Fraga, quien tiene la juventud del espíritu, porque ha desarrollado aquí, en el Uruguay, una actividad que quizás ninguno de los Legisladores estaríamos en condiciones de atender, con una tan nutrida agenda, que le ha significado estar presente no solamente en actividades estrictamente partidarias, sino en actividades oficiales y vinculadas con los empresarios gallegos en el Uruguay, y esto lo ha cumplido con la precisión, el afecto, la bonhomía y la apertura de espíritu que caracteriza siempre a todos los gallegos.

Yo también soy, como corresponde, nieto de inmigrantes gallegos -como le he comentado en alguna oportunidad- y siento, por lo tanto, que esos lazos, como a muchos de nosotros, nos convocan a la virtud, a la honestidad, al trabajo y a la perseverancia, que son características tan gallegas que están inscriptas en la historia de nuestros antepasados, que con tan buen éxito hicieron cosas por el Uruguay en los años anteriores.

Por lo tanto, don Manuel, más allá de las cuestiones políticas o ideológicas, usted es uno de nosotros y lo sentimos como uno más entre quienes procuramos hacer de este país un país más fuerte, más independiente, más progresista y más activo. Y en todo eso que es historia, pero que también es proyecto, en todo eso que es un sueño, pero que también es una realidad, Uruguay y Galicia seguirán estando juntos.

Por lo tanto, para abrir esta sesión, que permitirá que los Presidentes de las Comisiones de Asuntos Internacionales de ambas Cámaras, los señores Legisladores y usted mismo den sus expresiones, no hago más que reiterar las seguridades de nuestra admiración, de nuestra hermandad y de nuestra gratitud.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑOR MODERADOR.- Seguidamente, hará uso de la palabra el señor Presidente de la Cámara de Representantes, doctor Jorge Chápper.

SEÑOR CHAPPER.- En primer lugar, en nombre de la Cámara de Representantes quiero agradecer especialmente la presencia de tan ilustre visitante que, como bien ha dicho el señor Presidente de la Asamblea General, es un amigo muy entrañable de nuestro país.

Nosotros hoy queremos decirle que España y Uruguay, Galicia y Uruguay han creado un camino de ida y vuelta, pero sobre todo, de profundidad de sentimientos. Los diputados vemos la trayectoria política de un dirigente que en los momentos más difíciles ha sabido sacar adelante no sólo a su Partido, sino a su querida Galicia. Por lo tanto, hoy sentimos el alto honor de poder compartir su presencia y decirle que es bienvenido en el Uruguay.

La Cámara de Representantes tiene el alto honor de decirle: don Manuel, ésta es su casa.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑOR MODERADOR.- A continuación, hará uso de la palabra el señor Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Senadores, profesor Carlos Julio Pereyra.

SEÑOR PEREYRA.- Señor Presidente de la Junta de Galicia, don Manuel Fraga Iribarne; señores acompañantes en la gira que realiza en este momento por nuestro país; señor Embajador del Reino de España en el Uruguay; señores representantes; señores Senadores; público en general y, especialmente, representantes de las colectividades gallegas que nos honran con su presencia en esta reunión.

Cuando el señor Embajador de España me trasmitió la noticia de esta visita al Uruguay, sentí la satisfacción de poder reencontrarnos con un viejo amigo de este país, de esos que demuestran frecuentemente la emotividad que reúne a los amigos. Al mismo tiempo, pensé que al recibir a este hombre -que, como bien ha dicho el Presidente de la Asamblea General, también pertenece un poco a nuestro pueblo- teníamos la oportunidad de conocer a un gran luchador político, a una persona que ha dedicado su vida a esa pasión política que todos llevamos dentro, pero a quien ese combate político de todos los días le ha dejado lugar para ser un brillante representante de las letras españolas. Don Manuel es un escritor, autor de cerca de cien libros de distinta índole, pues versan sobre ciencia política, sobre problemas sociales, sobre problemas constitucionales -en lo cual es especialista- y sobre diversos temas a los que afluye todo aquél que se dedica a la función pública.

Su extensa trayectoria nace de hogares humildes, pero se proyecta por su capacidad, por su inteligencia y, fundamentalmente, por ese fuego que llevan adentro todos los auténticos luchadores políticos.

Ejerció cargos importantes en el Gobierno español y luego de desempeños brillantes, esperándole seguramente dignidades muy trascendentes, don Manuel Fraga Iribarne resolvió que debía gobernar su región gallega. Así, pues, su pueblo le respondió integralmente eligiéndolo cuatro veces consecutivas Presidente de la Junta con un enorme respaldo electoral.

En cierta oportunidad que pasé por Santiago de Compostela quise, de una manera muy humilde, retribuir como uruguayo la atención que don Manuel nos había brindado a nosotros y fui a saludarlo. Cuando le pedí a una persona que me alcanzara al edificio de Gobierno, inmediatamente comenzó a hablarme, no del Presidente ni de Fraga Iribarne, sino de don Manuel. Allí es para todos "don Manuel"; una forma de expresar no sólo su popularidad, sino el cariño que por él siente su pueblo.

El Uruguay ha recibido un aporte poblacional muy importante de gallegos, que con su trabajo han honrado su condición humana, y se han integrado a la sociedad uruguaya palpitando con las mismas emociones y los mismos sentimientos.

Por eso, en la persona del Presidente de la Junta de Galicia, hombre representativo como pocos de la vida política de su país, de su región, y representante brillante de la cultura y de las letras españolas, nosotros agradecemos a la colectividad gallega el esfuerzo que ha realizado por el progreso de nuestro país. Y a este viejo amigo de nuestra patria le decimos que quisiéramos recibirlo más frecuentemente para brindarle el calor muy sincero de nuestra amistad y reconocimiento.

(Aplausos)

SEÑOR MODERADOR.- Seguidamente, hará uso de la palabra el señor Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Representantes, el señor diputado Diego Martínez.

SEÑOR MARTÍNEZ.- Permítame, señor Presidente, recogiendo la anécdota del señor Senador Carlos Julio Pereyra, llamarle como en su tierra: "don Manuel", y expresarle que su visita convoca alegrías particulares, no sólo por poder profundizar y consolidar los entrañables e históricos lazos con el pueblo gallego, que tanto ha contribuido en la construcción de un pueblo nuevo, el uruguayo, sino además porque hoy nos sentimos en condiciones de recoger sus frutos, de los cuales uno es M'Bopicuá, que está aquí para los uruguayos y para el mundo, y que casualmente ha llegado a nuestro país con la primavera.

También nos resulta ineludible mencionar que hay uruguayos en vuestra tierra que contribuyen -al igual que lo hace M'Bopicuá a la expansión del producto uruguayo- a vuestro producto cultural, deportivo y popular. Me refiero al liderazgo que en la Liga Española está teniendo en este momento el Deportivo La Coruña con un uruguayo que contribuye con el 33% de sus éxitos. Es un uruguayo que hace goles. No todos los que están allí hacen goles, pero suponemos que, para ellos, tendréis el mismo corazón que para el "Rifle" Pandiani.

Al mismo tiempo, quiero decirle que nos han congratulado su presencia y su esfuerzo aquí, por la salud de uruguayas y uruguayos. En ese sentido, le agradecemos el emprendimiento de Casa de Galicia y le decimos que no en vano los gallegos, sus nietos o tataranietos nos abrazamos sistemáticamente con el "Salú e terra".

"Salú e terra", don Manuel.

SEÑOR MODERADOR.- Culminando la parte oratoria, invitamos a hacer uso de la palabra al señor Presidente de la Junta de Galicia, don Manuel Fraga Iribarne.

SEÑOR FRAGA IRIBARNE.- Excelentísimo señor Vicepresidente de la República Oriental del Uruguay y Presidente de la Asamblea General, señor Presidente de la Cámara de Representantes, señor Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales del Senado, señor Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Representantes, autoridades y representaciones, con mi especial saludo para el señor Embajador de España, señoras y señores.

Agradezco muy cordialmente el honor inmerecido que se me hace, por segunda vez, con este reconocimiento en esta Casa por la cual entré al Uruguay, cosa que puede sorprender, pero, ciertamente, mi primera visita en 1954 fue porque este maravilloso Palacio Legislativo había sido cedido para la realización de la Asamblea General Mundial de la UNESCO en la que España acababa de entrar y a la que quien habla -joven entonces, profesor y Secretario del Ministerio de Educación- vino con una importante delegación. Aquí, en este admirable país, tuve importantes lecciones de democracia y de muchas otras cosas.

A partir de la trayectoria de cada uno, la razón vital deviene en razón histórica. Como ha dejado escrito Ortega y Gasset: "para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia ... El individuo no estrena la humanidad. Encuentra

en su circunstancia otros hombres y la sociedad que entre ellos se produce ... de ahí que su humanidad, la que en él empieza a desarrollarse, parte de otra que ya se desarrolló".

Ello parece incuestionable; sin embargo, Edwar Hallet Carr nos ha demostrado que lo histórico no se reduce al puro hecho, máxime si lo fáctico es lo propio. La historia es, pues, un diálogo permanente entre presente y pasado. Ese diálogo es el que hoy quiero compartir con ustedes.

Mi vida se ha visto impulsada por un ritmo vertiginoso y por tareas absorbentes, pero siempre he procurado tener muy presente el consejo que versó Don Juan Ramón Jiménez: no apurarse tanto que el niño de nuestro yo no nos pueda seguir. Por ello mi ser nunca ha dejado de alimentarse de la savia nutricia de mi raíz galaica, bien conocida en el Uruguay.

Nací en una típica villa gallega de los años veinte, empapada por el incesante orballo -como llamamos allá a la lluvia fina- y crecida a la sombra de un torreón medieval octogonal, que excitaba la imaginación de los "rapaces" del lugar y donde había viejos cuervos que, probablemente, habían visto pasar las tropas de Napoleón. Hoy esto es, naturalmente, un parador de turismo, único vestigio de lo que fuera cabecera de uno de los estados más poderosos de la Galicia bajomedieval, lección pétrea de cómo el devenir del tiempo puede hacer sucumbir las construcciones más sólidas y también puede luego encontrarles nuevos usos en una sociedad renovada.

Allí se concentraba el bullir de la vida campesina de una amplia comarca, donde uno podía observar y asimilar la vieja tradición galaica de los campesinos de la tierra. A pesar del elevado índice de analfabetismo, en aquel lugar se respiraba el sedimento de cultura que reverdece en el sutil ingenio del labriego. Herencia de un antiguo reino que había engendrado, en el pasado, la mejor poesía trovadoresca, meta de caminos milenarios trazados hacia Santiago en el firmamento de occidente, cuna de un esplendor barroco inigualable en monasterios y catedrales y, en aquellos momentos, volcada hacia el Atlántico en la búsqueda de una América anhelada como tabla de salvación.

Mis padres, emigrantes a Cuba, fueron ejemplo de vida dura y abnegada: hipoteca de la poca tierra, endeudamiento para costear un largo trayecto, sacrificio de años para salir adelante. Criaron a doce hijos y mi padre, a pesar de que no deseaba, acabó siendo forzado por sus convecinos para ser un buen alcalde. Aunque fui amigo de los libros desde muy joven, aprendí de él que la vida de los pueblos se lee con los pies, hundiéndolos en el terruño, paseando corredoiras, oteando desde el altozano.

Fui testigo pasivo y despavorido de la caída de una monarquía multisecular, en 1931, siendo todavía un niño, de la agitación de una República presa del desasosiego, y del surgimiento de un duro régimen autoritario, fruto de una cruenta guerra civil. Mi aplicación al estudio me llevó a ganar varias oposiciones y hasta 1956 funcioné como un tecnócrata entregado a sus tareas. Celoso de mi tiempo, tuve la fortuna de aprender desde el Instituto de Cultura Hispánica este mundo de la hispanidad y también de vivir en la Universidad la riqueza del ámbito académico, el asombro de una construcción histórica y planetaria formidable y de la UNESCO, cuya iniciación tuvimos, precisamente, desde Montevideo, ligazón entre educación y desarrollo.

En efecto, desde entonces, siempre he considerado que la formación humana, en todos los ámbitos y a todos los niveles, era la mejor herramienta para hacer avanzar a una sociedad; una educación universalizada, no reducida a una elite social o a una escuela intelectual; una formación enraizada en cada tradición cultural, en la cosmovisión de la que cada pueblo es depositaria. Decía Juan José Morosoli, en un ensayo de magnífica sensibilidad uruguaya, que en el hombre más humilde, del "más humilde rincón poblano", puede estar otra vez el narrador elemental que nos dé el material buscado y "adviertan" -añadía- "que aquel que vive allí, suele tener más individualidad que el hombre letrado a quien esto que llamamos vida social hace que su personalidad se diluya en la personalidad de otros, quitándole el relieve que es la harina y la levadura del escritor". Harina y levadura sobre las que con amplia visión y al compás de los avances científicos y tecnológicos deben concebirse los sistemas educativos. La atención a la infancia, mediante el fomento de valores y hábitos de aprendizaje, debe ser la piedra angular. Otro escritor uruguayo, Horacio Quiroga, dio ejemplo de ello cuando descendió al relato infantil de tipo escolar, en una obra cuyo título es ya toda una perspectiva: "Suelo natal".

Aunque ya empezaba a reflexionar sobre estas y otras cuestiones en los distintos cargos que se me encomendaban, todavía pensaba que la mejor política era una buena administración. Pero la vida no es algo que simplemente nos pasa, la vida no está hecha, es una tarea, un quehacer que se ejecuta por algo y para algo y que, por lo tanto, acaba interpelando el núcleo de nuestra entidad como seres libres: a nuestra responsabilidad.

Cuando la vida se construye desde el propio yo y se abre al mundo, a la circunstancia inmediata en el contexto global, no hay otro remedio que forjar libremente el modesto destino de cada uno. Mis primeras experiencias al servicio público pusieron ante mí un repertorio de necesidades y urgencias que fueron mucho más allá de la simple administración.

El aislamiento de mi patria, la limitación de libertades, la sangría de la emigración y la reciente memoria de una posguerra que, incluso, trajo hambre, así como la perentoria necesidad de ilustración, provocaron los primeros movimientos políticos internos y las primeras crisis. Los precipitados y frustrados aperturistas de equipos bien preparados e imbuidos de un humanismo cristiano, acabaron por convencerme: no había duda, en momentos de encrucijada la política era lo primero.

Esa era la circunstancia inmediata, pero la global consistía en la emergencia de un nuevo imperio monolítico inspirado en el leninismo: "la revolución ha de concentrar todas las fuerzas de destrucción contra el poder del Estado; se impone no la tarea de perfeccionar la máquina del Estado, sino de demolerla, de destruirla". Eso en segundo lugar es lo que había dejado escrito Lenin y ni qué decir tiene que yo me encontraba a años luz de tal pensamiento. Y escribí un libro sobre la crisis del Estado. El Estado, como forma política de la Nación, debía estar al servicio del pueblo y por él dirigido, pero su existencia, por encima de abismos rupturistas, era el primer servicio que había que prestar a la ciudadanía.

Mis reflexiones de catedrático de Teoría del Estado me habían colocado en un tomista "justo medio" desde donde encontrar un camino para España. El reformismo pasó de mi pensamiento a la acción entregada y apasionada. Las energías y el entusiasmo debían estar temperadas por la virtud aristotélica de la prudencia: nada de lo que pudiera poner en riesgo el bien preciado de la paz, para un pueblo desgarrado en proceso de reconstrucción, todo aún a costa de poner en riesgo altas posiciones personales alcanzadas. Se inició el periplo de un tiempo servido: en lo político, abrir las ventanas a la libertad de opinión e información, mediante una ley de prensa, cuyos contenidos siguen vigentes tras 25 años de democracia; en lo económico, apostar por una

economía abierta a través del turismo, que fortaleciera las clases medias como garantía de equilibrio social y abriera las mentalidades como aval de avance irreversible.

Los vientos soplaban a favor. Un régimen que se definía como católico, no tenía por menos que reconocer expresamente por la boca de su máximo dirigente que la elección de Pablo VI era un jarro de agua fría. Tras el Concilio, ya no había argumentos sólidos para sostener, desde la ortodoxia, que la libertad religiosa era una amenaza para la patria. Pero la contracorriente de un régimen que se resistía a ser reformado me alcanzó de lleno y tuve que abandonar el Ministerio de Información y Turismo, desde donde había dejado bases sólidas de desarrollos futuros. Valorando ese trance, he dejado escrito que quien niegue que en momentos de crisis profunda no atraviesa por instantes de vacilación, pienso que no reconoce la fuerza de los dramas íntimos de la personalidad.

Cuando iniciamos la transición política, tres fueron los ejes de mi preocupación, primero como Ministro y luego como líder de un proyecto reformista: mantener el orden y la seguridad ciudadana frente a minorías agitadoras que podían truncar un delicado camino hacia la libertad; reedificar sobre bases sólidas la Unidad de España, para poder luego avanzar con seguridad y en profundidad hacia la descentralización política que algunos pueblos de España reclamaban.

En 1978, en pleno período constituyente, escribí un libro denominado "La crisis del Estado Español". En aquel momento muchos se preguntaban con angustia si seríamos capaces de resolver el problema de la España una y varia y me respondía con las siguientes palabras impresas: "los autonomistas creemos de buena fe que ello es posible a partir de un desarrollo de las autonomías regionales ... sin precipitaciones ni improvisaciones ... sin privilegios para nadie y con una política eficaz de nivelación de oportunidades".

Pese a las falsas prisas de algunos y el azote cruel del terrorismo ello se ha conseguido; por eso alguna aventura irresponsable está condenada al más rotundo de los fracasos. Hoy la unidad nacional está sólidamente recogida en el texto constitucional y yo mismo me encuentro al frente de uno de las Comunidades con mayor tradición autonomista.

El tiempo ha venido a revelar quién era autonomista de verdad y quién simplemente utilizaba este concepto como arma arrojadiza. Desde mis responsabilidades actuales, defiendo día a día, en los pequeños y grandes asuntos, la necesidad de reconocer la identidad de cada pueblo, entendida ésta como un ámbito de realización personal abierto al intercambio cultural y a la transformación. Lo que he denominado autoidentificación, que en Galicia significa amor por una tierra, una cultura y una lengua como proyección al mundo y acogida al distinto que nos enriquece haciéndose uno de nosotros. En esta perspectiva, siempre he procurado que Galicia consolidase sus puentes con América, a la que, además de los lazos culturales, nos unen indestructibles vínculos familiares de los que Uruguay es ejemplo destacado.

Queremos también participar en la construcción de una Europa unida basada en los valores de la cultura occidental de libertad, pluralismo y respeto a la dignidad de la persona. Articulada sobre el principio de subsidiariedad como garantía del hecho regional. Una Europa solidaria como la comunidad internacional en general e iberoamérica muy en particular, en perpetuo diálogo con la misma y al servicio de los pueblos, en especial aquellos sumidos en el negro pozo del subdesarrollo.

El desmoronamiento del Comunismo como imperio totalitario ha abierto el mundo a nuevas expectativas de libertad individual y económica. Pero es obligación de los estadistas y pensadores proponer caminos seguros en la lucha constante contra la pobreza, la marginación y la explotación. Creo que aquí, como en todo, el valor del trabajo humano, en un contexto de formación y cooperación, es la única vía posible. Tras 25 años de pontificado sigue viva la llamada de la encíclica "Laborem exercens" en donde Juan Pablo II, obrero en su juventud, hizo una llamada urgente a luchar contra la degradación del hombre como sujeto de trabajo y contra la inaudita y concomitante explotación en el campo de las ganancias. De lo contrario, estaremos ante una muy seria cuestión que, desde pensadores de la izquierda democrática como Habermas, se ha calificado como un auténtico problema de legitimación del capitalismo tardío. Este año tuve el honor de presidir uno de los jurados "Príncipe de Asturias" que concedió el premio al profesor Habermas de la Escuela de Francfort.

Este autor -repito- reciente premio "Príncipe de Asturias", ha llegado a afirmar que en las sociedades opulentas de alto nivel tecnológico, el objetivo de la política corre el riesgo de limitarse a la prevención de disfuncionalidades y la evitación de riesgos que puedan amenazar el sistema. Es decir, la política se limitaría no a la realización de fines prácticos sino a la resolución de cuestiones técnicas. Ello será un riesgo cierto si, por el abandono de los valores fundamentales, claudicamos en el ejercicio de lo más noble de la tarea política: la defensa y promoción de la persona como ser libre, sujeto activo en la construcción de las comunidades en las que realiza su humanidad. Un sujeto que, como ha reconocido de una vez para siempre la declaración de independencia de los Estados Unidos redactada por Jefferson, tiene el derecho a procurar su propia felicidad.

De esta manera, siempre he considerado, siguiendo las enseñanzas de grandes pensadores políticos como Locke, Montesquieu o Tocqueville, que debe mantenerse el primado de la moral sobre la política, pues, de lo contrario, esta última acaba por disolverse.

En el fondo, pienso que eso es lo que ha dado alguna continuidad, dentro de errores y debilidades, a mi ya larga trayectoria. Por encima de las dudas en las encrucijadas, de la vacilación en los momentos cruciales, he procurado no traicionar el eje diamantino fundamental: la consagración de mi vida a la vocación de servicio y el bien común. A ello he aplicado -hasta donde he sabido- mis mejores energías. Confío en que, más allá de los errores de toda obra humana, ello haya sido en beneficio de mi tierra natal, al servicio de la construcción nacional de una España moderna y a la configuración de una aldea global en donde haya sitio para todos.

Y vuelvo a señalar aquí, en el Uruguay, que me siento especialmente obligado a decir gracias y felicitaciones a esta escuela de democracia.

Muchas gracias.

(Aplausos)

SEÑOR MODERADOR.- De esta manera, damos por finalizado el acto.